

“A estas alturas del partido...”: experiencias identitarias y gestión sexo-afectiva en las vejezes lésbicas

*Ana Margarita Fernández de Castro Peñaranda**

Resumen

Este artículo analiza cómo las lesbianas mayores negocian y significan sus identidades y sexualidades en esta etapa de sus vidas. Recurro a los planteamientos de la gerontología feminista y del curso de vida como una apuesta por desmitificar y repensar la vejez, dando cuenta de las complejidades de dicho proceso. A partir del análisis de las historias de vida de ocho lesbianas mayores de 60 años residentes en Bogotá¹ sostengo que sus experiencias subjetivas e identitarias en la vejez se construyen, entre otras maneras, en torno a procesos de desidentificación de los términos lesbiana, adulta mayor y vieja. Esta desidentificación emerge como consecuencia del estigma que circunda a dichos términos. Asimismo, exploro la relación entre lesbianismo, gestión sexo-afectiva y vejez. Sus relatos evidencian que las interpretaciones que realizan respecto a su vejez moldean su vivencia de la sexualidad en esta etapa.

* Estudiante del doctorado en Estudios Feministas de la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco. Maestra en Ciencias Sociales con mención en Género y Desarrollo por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) sede Ecuador. Correo electrónico: [anamargaritafdezdecastro@gmail.com].

¹ Dedico este artículo a Cristina, Eugenia, Pilar, Leonor, Matáfora, Patricia, Liliana y Lilia. Muchas gracias por toda su disposición para compartirme sus historias de vida y por ampliar mis perspectivas sobre la vejez lésbica. Con sus relatos y sus fotografías ustedes han mostrado al mundo no sólo cómo las lesbianas existimos en todas las cohortes etarias, sino que siempre hemos existido y que, de una u otra manera, hemos buscado estrategias para resistir y para sobrevivir en una sociedad heteronormativa que quiere limitar nuestras posibilidades de ser y de amar.

Palabras clave: lesbiana, vejez, gerontología feminista, identidades, sexualidades.

Abstract

This paper analyzes how older lesbians negotiate and signify their identities and sexualities at this stage of their lives. I appeal to feminist gerontology and the life course as a way to demystify and rethink old age, highlighting the complexities of this process. Based on the analysis of the life histories of eight lesbians over sixty living in Bogotá, I argue that their subjective and identity experiences in old age are constructed, among other ways, around processes to disidentification with the terms lesbian, senior adult and old. This disidentification emerges as a consequence of the stigma surrounding these terms. I also explore the relationship between lesbianism, sex-affective management and old age. Their stories reveal that the interpretations that these women make of their old age also configure their experience of sexuality at this stage.

Keywords: lesbian, old age, feminist gerontology, identity, sexuality.

Introducción²

Desde el siglo xx, Colombia, de manera similar al conjunto de la región latinoamericana, ha experimentado un proceso de transición demográfica caracterizada por el envejecimiento de la población (MinSalud, 2013). Los procesos de envejecimiento acelerado de la población amplían los debates en torno a nuevas experiencias de envejecimiento y vejez. Los modelos teórico-analíticos de la gerontología social tradicional resultan obsoletos para el análisis del caleidoscopio de nuevas experiencias identitarias y subjetivas de la vejez

² Este artículo resume algunos hallazgos de mi tesis de maestría en Investigación en Ciencias Sociales con mención en Género y Desarrollo, de la Flacso-Ecuador.

cada vez más marcadas por dimensiones de clase, condición migratoria, diversidad sexo-genérica, diversidad funcional, entre otras. Específicamente, dichos modelos se han mostrado inadecuados para el análisis de las experiencias de envejecimiento y vejez de personas con orientaciones sexuales e identidades de género no (hetero)normativas (Henning, 2017), en tanto ignoran que el género constituye una categoría central para dicho análisis (Hooyman *et al.*, 2002).

De acuerdo con Averett y Jenkins (2012) (citados en Westwood, 2013) existe un número limitado de investigaciones sobre lesbianas mayores. De forma paralela, las vejeces³ lésbicas son un tema poco visibilizado en las agendas políticas de los movimientos lésbicos y de lesbianas-gais-bisexuales-trans (LGBT), en general (Gracia, 2011). En tal sentido, existe una deuda histórica con esa generación de mujeres que a lo largo de sus vidas han experimentado discriminación por ser lesbianas y que, además, hoy en día se enfrentan a nuevas formas de discriminación a razón de su edad (Woody, 2014).

En mi tesis de maestría me propuse indagar sobre la construcción de las relaciones sexo-afectivas de las lesbianas mayores en Bogotá (Fernández de Castro, 2021a). Esta investigación y los trabajos que de ella se han derivado han pretendido propiciar debates en torno a una temática que ha sido poco estudiada en el contexto latinoamericano. También han sido una apuesta por recuperar sus voces con el fin de problematizar las implicaciones de llegar a la vejez siendo lesbianas en una sociedad heteronormada.⁴

³ Me adhiero a la idea de que no existe un tipo único de envejecimiento ni de vejez. Como señala Rada Schultze (2016): “la vejez es una categoría diferencial, lo cual nos obliga a hablar de vejeces en plural y no de un único modo de envejecer” (2016:91), debido a que “el envejecimiento [...] se encuentra atado a nuestro devenir y a nuestra diversidad, y será en la vejez, como en ninguna otra etapa de la vida, donde se manifestará la diferencia” (2016:91). En ese sentido, acudir al término vejeces permite cuestionar la noción instaurada en los estudios sobre envejecimiento y vejez en los que se ha asumido a esta última de manera homogénea y cuyo rasero ha sido la experiencia masculina, blanca y heterosexual. Al mismo tiempo, dicho término permite posicionar aquellas experiencias de vida de personas mayores que, a razón de su género, orientación sexual, clase social, nacionalidad, entre otros aspectos, han sido invisibilizadas.

⁴ De acuerdo con Yébenes (2018), la heteronormatividad “permite situar un sistema valorativo que está organizado jerárquicamente y que se vincula con la aceptabilidad y la

Este artículo es una respuesta a las inquietudes que me sigue planteando el abordaje de las vejeces lésbicas. Particularmente, aquí exploro la relación entre identidad, lesbianismo, gestión sexo-afectiva y vejez. Para ello me pregunto cómo las lesbianas mayores en Bogotá negocian y significan sus identidades y sus relacionamientos sexo-afectivos en la vejez. Teniendo en cuenta lo anterior, el objetivo de este artículo es doble. Primero, analizar la manera en que se perciben a sí mismas en esta etapa de sus vidas y cómo construyen sus identidades, estructuradas por relaciones de edad y de sexo-género. Segundo, comprender cómo las interpretaciones que hacen respecto a su vejez condicionan su vivencia de la sexualidad hoy en día.

La perspectiva teórico-metodológica que sustenta esta investigación se cimienta en los postulados de la gerontología feminista y del curso de vida como una apuesta por desmitificar y repensar la vejez dando cuenta de las complejidades de dicho proceso (Freixas, 2008). En consonancia, recopilé ocho historias de vida de lesbianas mayores de 60 años residentes en Bogotá. Además, siguiendo a Pujadas (1992) y Albarracín (2012), recurrí a la observación participante para hacer un acompañamiento a su cotidianidad, identificar sus condiciones materiales, sus vínculos relacionales y espacios de socialización, entre otros aspectos.

Este artículo está estructurado en cuatro partes. En la primera describo la estrategia metodológica diseñada para el desarrollo de los objetivos de esta investigación. En la segunda presento una propuesta teórica para repensar la vejez desde una perspectiva feminista y del curso de vida. En la tercera analizo cómo las experiencias identitarias de las lesbianas mayores en Bogotá se construyen, entre otras formas, en torno a procesos de desidentificación de los términos lesbiana, adulta mayor y vieja. Finalmente, en el cuarto apartado reflexiono sobre cómo las percepciones que tienen respecto a su vejez condicionan sus vivencias de la sexualidad.

legitimidad social” (2018:125). Siguiendo a esta autora, en este sistema valorativo se instituye a la heterosexualidad como lo normal y como la norma en detrimento de otras orientaciones sexuales no normativas que se erigen como lo patológico, lo desviado, lo anormal.

Me adhiero a una de las apuestas políticas de la gerontología feminista que busca otorgarles reconocimiento, voz y autoridad a las mujeres mayores y propiciar investigaciones que respondan a sus realidades y que gesten nuevas representaciones sobre sus vejez (Freixas, 2008). En este sentido, ratifico que resulta apremiante seguir planteando nuevos interrogantes en torno a las vejez lésbicas y que los retos que ha conllevado la visibilización de sus existencias sirvan de base para continuar problematizando el acceso a derechos de las generaciones venideras de lesbianas.

Metodología

La estrategia metodológica propuesta para esta investigación se sustenta en los planeamientos de la gerontología feminista y del curso de vida. Estas entradas teórico-metodológicas entienden que la vejez no es una etapa aislada, sino que es el resultado de un proceso que tiene lugar a lo largo de toda la trayectoria vital (Hooyman *et al.*, 2002). En tal sentido, enfatizan la importancia de indagar en las trayectorias de vida al momento de realizar investigaciones sobre vejez. Como ya mencioné, durante el trabajo de campo recopilé ocho historias de vida de lesbianas entre los 60 y 72 años residentes en Bogotá. Opté por una delimitación cronológica de la edad, es decir, seleccionar rangos etarios acorde al ciclo de vida, aunque reconozco que esta selección corresponde a una categorización institucional. Por ello, siguiendo los postulados de la gerontología feminista, en las conversaciones con estas mujeres enfatiqué la vivencia subjetiva del tiempo (Freixas, 2008) para comprender cómo ellas se perciben a sí mismas y cómo entienden esta etapa de sus vidas.

Las historias de vida fueron de tipo focal o temáticas (Pujadas, 1992) y se concentraron en indagar, entre otros temas, sobre sus trayectorias sexo-afectivas, sus sitios de encuentro, las dinámicas que en ellos se producían, los códigos o el lenguaje propio, las estrategias desplegadas para gestionar sus vínculos sexo-afectivos, su devenir lesbiana y la gestión de las relaciones familiares, íntimas, laborales y

amicales. Asimismo, recurrí a la observación participante para hacer un acompañamiento a su cotidianidad (Pujadas, 1992; Albarracín, 2012) e identificar sus condiciones materiales, sus rutinas, sus modos de socialización (vínculos relacionales y espacios de socialización) y la importancia que éstos adquieren en su día a día.

En términos generales, 37.5% de las lesbianas mayores entrevistadas tuvo hijos en el marco de un matrimonio heterosexual. Se encontraba soltera 87.5% y el restante 12.5% tenía una relación de pareja en la actualidad. Respecto a su situación socioeconómica, estas mujeres son de clase baja y clase media, principalmente; 37.5% cuenta con una pensión entre uno y tres salarios mínimos legales vigentes (SMMLV), mientras que el otro 62.5% no dispone de pensión debido a sus discontinuas trayectorias laborales y haber realizado trabajos informales en los que no lograron hacer aportes a seguridad social. En cuanto a su situación laboral actual, seis de estas tienen empleos informales relacionados con la comercialización de bienes y/o servicios; otra cuida de sus bisnetos y recibe una ayuda estatal (bono mensual y acceso a un comedor comunitario) y una mencionó que está “retirada”. En el cuadro 1 se muestran algunas características de las participantes en esta investigación.

Dada la escasez de estudios sobre esta temática en América Latina, las investigadoras que nos interesamos en las vejeces lésbicas debemos sortear algunas dificultades metodológicas y teóricas. Por un lado, nos enfrentamos a la falta de datos de tipo cualitativo o cuantitativo sobre lesbianas mayores (Albarracín, 2012; Westwood, 2013; Traies, 2015). Por otro lado, es todo un desafío ubicarlas por la cantidad de años que han vivido de manera discreta, lo que contribuye a su aparente invisibilidad (Westwood, 2013; García, 2015; Fernández de Castro, 2021a). La técnica de bola de nieve fue útil en tanto que me permitió adentrarme en sus vínculos relacionales y establecer contactos paulatinos. Sin embargo, exhorto sobre la necesidad de diseñar nuevas estrategias metodológicas para acceder a las que se encuentran en mayores situaciones de desconexión, que no tienen vínculos lésbicos o que residen en instituciones de cuidados a largo plazo.

Cuadro 1. Características socioeconómicas de las participantes

Características	Pseudónimos							
	Cristina	Eugenia	Leonor	Lilia	Liliana	Matáfora	Patricia	Pilar
Año de nacimiento	1958	1951	1950	1949	1960	1959	1952	1957
Lugar de nacimiento	Bogotá-Cundinamarca	Cali-Valle del Cauca	Cali-Valle del Cauca	Guachetá-Cundinamarca	Calarcá-Quindío	Bogotá-Cundinamarca	Pandi-Cundinamarca	Ibagué-Tolima
¿Estruvo casada con un hombre?	Sí	No	Sí	No	No	Sí	No	No
Número de hijos(as)	2	0	1	0	0	3	0	0
¿Tiene pareja actualmente?	No	No	No	No	No	Sí	No	No
Clase social	Media	Media	Baja	Baja	Media	Media	Media	Media
Máximo nivel de estudios	Pregado	Pregado	Primaria	Técnico	Pregado inconcluso	Pregado	Pregado	Posgrado
¿Posee una pensión?	No	No	No	Sí	No	No	Sí	Sí
¿Trabaja actualmente?	Sí	Sí	No	Sí	Sí	Sí	No	Sí
¿Ha estado vinculada al activismo lésbico?	Sí	No propiamente pero es feminista	No	No	Sí	Activismo LGBT y feminista	No	No

Fuente: elaboración propia a partir de las historias de vida de las entrevistadas.

Repensar la vejez desde una perspectiva feminista y del curso de vida

La teoría y la práctica gerontológica tradicional posee sesgos androcentristas y heterosexistas y ha estado fuertemente influenciada por perspectivas medicalizadas respecto a la vejez (Hooyman *et al.*, 2002; Freixas, 2008; Henning, 2017). En primer lugar, retomando a Freixas (1997), los modelos analíticos de la gerontología clásica toman como eje analítico la experiencia de envejecimiento y vejez de los hombres, dando por sentado que las mujeres envejecen de manera similar a ellos. Esta perspectiva deja de lado que el género constituye una categoría central en el análisis del envejecimiento y la vejez (Hooyman *et al.*, 2002). En segundo lugar, al referirse a la gerontología convencional, Henning (2017) afirma que ofrece un panorama heteronormativo sobre el envejecimiento y la vejez que anula deliberadamente de sus análisis las experiencias de vida de personas con sexualidades e identidades de género no normativas (lesbianas, gais, transgénero, bisexuales, intersexuales). Por su parte, los estudios sobre envejecimiento y vejez que se sustentan en los marcos tradicionales de la gerontología identifican la vejez como una etapa de la vida asociada a enfermedades físicas y mentales, a pérdidas, dependencia, aislamiento, entre otros. Para Freixas (2008) esta relación entre vejez y enfermedad: “ha llevado a la biomedicalización de la edad mayor. Las consecuencias de los factores sociales sobre la salud son definidas como problemas médicos que requieren intervención [...] La medicalización de la gerontología ha oscurecido las imágenes positivas de la edad mayor” (2008:43).

En décadas recientes se han difundido en la academia y en la práctica gerontológica (sobre todo en el ámbito médico) algunas “alternativas” que buscan revalorizar la experiencia de envejecer. Por un lado, se encuentran los conceptos de “envejecimiento comfortable”, “envejecimiento activo” o “envejecimiento saludable”, los cuales defienden que “el objetivo del buen envejecer es precisamente no envejecer” (Freixas, 2008:53). En este sentido, sobre aquellas mujeres que han sobrepasado el rango de edad con el que institucionalmente son

definidas como personas mayores, adultas mayores o de la tercera edad recae la obligación de mantenerse activas. Esto implica que deben hacer ejercicio, viajar, leer, verse jóvenes y bellas, todo ello para "no envejecer" (Freixas, 2008) o para no "parecer viejas". Esto promueve la idea de que la "verdadera vejez" no implica en sí tener determinada edad, sino que se asocia con el fracaso en el cumplimiento de dichos cometidos, es decir, cuando no se es activa, cuando no se cumple con un estándar de belleza determinado o cuando hay un evidente deterioro físico y/o mental. Por otro lado, desde el quehacer gerontológico también se ha promovido el uso de eufemismos como mayores, juventud acumulada, tercera y cuarta edad para referirse a la vejez, procurando "suavizar" la carga estigmatizante que se asocia a términos como vieja y anciana (Freixas, 2008). En última instancia, estas propuestas no cuestionan las interpretaciones despectivas sobre la vejez, sino que reafirman el estigma que la circunda y el viejismo implícito, en tanto que las representaciones descalificativas sobre la vejez impactan las subjetividades de la sociedad en su conjunto, incluidas las de las propias mujeres mayores (Rada Schultze, 2016).

Ahora bien, recientemente han ido tomando fuerza nuevas perspectivas teórico-metodológicas, como la gerontología feminista y el curso de vida, que cuestionan los enfoques gerontológicos tradicionales. Aunque dichas perspectivas no niegan el impacto del paso de los años en el cuerpo, tampoco limitan sus marcos analíticos a dichos aspectos, sino que propenden por desmitificar las imágenes reduccionistas sobre la vejez (Ramos, 2018). Entonces, ¿qué significa repensar la vejez desde una perspectiva feminista y del curso de vida?, y ¿qué implica en el estudio de las vejeces?

La gerontología feminista cuestiona las nociones dominantes de la gerontología tradicional que propagan representaciones negativas sobre el envejecimiento y la vejez de las mujeres (Hooyman *et al.*, 2002) y propone nuevos interrogantes que propicien interpretaciones que den cuenta de la complejidad de los procesos de envejecimiento y vejez (Freixas, 2008). En consonancia, analiza las condiciones de los envejecimientos y las vejeces de las mujeres desde su pluralidad sin crear tipologías que agrupen estas experiencias en

torno a un único factor considerado determinante: la edad. Así pues, reconoce las implicaciones de otras dimensiones, por ejemplo, la sexo-genérica, la clase, entre otras, de ahí que se piense la vejez como el resultado de un proceso que tiene lugar a lo largo de toda la trayectoria vital (Hooyman *et al.*, 2002; Freixas, 2008). Por ello propone volver sobre los cursos de vida de las mujeres para comprender cómo han dado lugar a los tipos de vejez.

Asimismo, reconoce la importancia del contexto sociocultural en las interpretaciones sobre las vejez. Como señala la filósofa y escritora Simone de Beauvoir en su libro *La vejez*, esta etapa de la vida adquiere diversos significados e importancias acorde al momento histórico, a la cultura y al lugar. Así, la vejez o edad proveya, como ella la enuncia, ha sido a veces valorizada (o desvalorizada) por razones políticas y/o sociales (De Beauvoir, 2013). Los estudios sobre vejez deben reconocer la importancia del contexto en las interpretaciones de la vejez y no reproducir nociones deterministas sobre la misma. Otro argumento a favor de romper con las creencias negativas sobre la vejez al momento de llevar a cabo estudios sobre el tema se relaciona con las limitaciones que generan en los diseños de investigación, en tanto que imposibilitan nuevas representaciones de esta etapa de la vida. Entonces, alejarse de las imágenes despectivas sobre la vejez y de los mitos que la circundan constituye un primer movimiento necesario para acercarse a ella de otra manera.

En otro orden de ideas, esta perspectiva crítica de la gerontología retoma del feminismo su carácter transformador de la realidad social, en particular, de las experiencias de vida de las mujeres mayores. Por ello, algunos de los objetivos de la gerontología feminista son: analizar cómo se negocian las experiencias subjetivas e identitarias en la vejez, comprender esa vivencia subjetiva del tiempo, indagar sobre el papel que desempeña el cuerpo en este proceso y contribuir positivamente en la búsqueda de significado en esta etapa de la vida (Freixas, 2008).

Para concluir, quiero resaltar que, al ser la gerontología feminista una perspectiva crítica que aboga por la comprensión de la complejidad de las experiencias de envejecimiento y vejez, exhorta sobre la necesidad de indagar respecto a las condiciones materiales, en tanto

entiende que las desventajas acumuladas a lo largo de la vida redundan en la inferior posición social de las mujeres en la vejez (Freixas, 2008). Esto implica investigar sobre sus trayectorias laborales, sobre el acceso a recursos, sobre los efectos de la dependencia económica de las mujeres que se promueve en sociedades heteronormadas y en la manera en que afecta a las que se “desvían” de la (hetero)norma. En tal vía, posibilita comprender, por ejemplo, cómo la discriminación laboral y las condiciones de trabajo precarizado, al que han tenido que acceder a lo largo de sus vidas, han significado un alto costo de oportunidad para las lesbianas al llegar a la vejez. Asimismo, permite identificar cómo esto condiciona su situación socioeconómica en esta etapa y cómo influye en otras dimensiones, entre ellas, la sexo-afectiva.

Además, la gerontología feminista constituye el marco propicio para romper con el mutismo que circunda la sexualidad de las mujeres en la vejez (Freixas y Luque, 2009; Freixas, Luque y Reina, 2010), no sólo porque involucra nuevas dimensiones analíticas en el estudio de las vejeces, sino porque, además, sostiene que la dimensión sexo-afectiva es uno de los ámbitos de la vida de las mujeres en el que se evidencia mayor desigualdad y sobre el que recae mayor estigma (Freixas, 1997; Ramos, 2018). Ese estigma ocasiona mayores limitaciones en la vivencia del deseo y del erotismo de las lesbianas mayores de 60 años, desincentivando su gestión sexo-afectiva y/o convirtiéndolas en blanco de señalamientos y prejuicios (Freixas, 2008; De Beauvoir, 2013). En los siguientes apartados desarrollo dichos argumentos.

“Viejas lesbianas”: estigma y construcción identitaria en las vejeces lésbicas

Lesbiana, adulta mayor y vieja son expresiones que la mayoría de las entrevistadas no emplean para referirse a sí mismas. En este sentido, sus experiencias subjetivas e identitarias en la vejez se construyen, entre otras maneras, en torno a estrategias de desidentificación⁵

⁵ Retomo de Varikas (2005) el concepto de desidentificación. La autora lo emplea para dar cuenta de que “el devenir sujeto se inscribe en conformidad como en oposición

(Varikas, 2005) de dichos términos. Sin embargo, esta desidentificación no se corresponde únicamente con su etapa actual de vida. Dicho de otro modo, no es sólo con la llegada de la vejez que estas mujeres procuran no ser asociadas con tales expresiones, sino que esta experiencia de desidentificación ha estado presente a lo largo de sus trayectorias vitales. Sostengo que dicha experiencia emerge como consecuencia del estigma que circunda a estos términos y como efecto de sus “resonancias”, en tanto que son sentidos como discriminatorios, despectivos y fuertes.

Sus relatos reflejan que ellas no intentan negar su edad *per se* ni su “gusto” por las mujeres. De hecho, ambos aspectos son importantes en la manera en que ellas se definen; además, dotan de sentido a sus historias de vida. Tratan de alejarse de los descalificativos que se asocian a las categorías lesbiana, vieja y adulta mayor, y así salvaguardarse, en cierto modo, de la discriminación que sufren las lesbianas y las mujeres mayores en la sociedad; discriminación de la que ellas han sido testigos, ya sea porque la han experimentado o porque la han observado en su entorno. En este apartado analizo cómo el estigma que recae sobre la vejez y sobre el lesbianismo configura las experiencias identitarias de las lesbianas mayores en Bogotá.

*“En esa época hablar de lesbianas era un poco duro”:
estigma, lesbianismo e identidad*

La existencia lesbiana posee una fuerza transgresora que cuestiona el orden heteronormado, por ello ha sido objeto de sanciones sociales, de persecuciones, de violencia; al tiempo ha sido condenada al silen-

al orden existente. A menudo abandonado por quien se indigna de la falta de una correspondencia exacta entre las palabras y las cosas, ese territorio liminal resulta, sin embargo, precioso para explorar las huellas disonantes, a menudo borradas, las posibilidades excluidas por la regularidad repetitiva de los discursos [...] Desde este punto de vista, la experiencia no nos ofrece su más preciada verdad en su ‘representatividad’ serial y positiva, sino en la negatividad de su singularidad [...] Lo que tiene que decir de interesante y de subversivo no es lo que somos, sino más bien *lo que no somos, lo que no queremos*” (2005:87).

cio (Rich, 1999; Albarracín, 2008). El estigma que recae sobre el término lesbiana ocasiona que muchas mujeres procuren desvincularse de éste y que incluso deseen eliminar el vocablo (Rich, 1983). En esta vía se sitúan los relatos de las lesbianas mayores en Bogotá. En efecto, sus testimonios dan cuenta de que –salvo en el caso de Liliana, quien venía de un proceso de politización de su identidad lésbica desde su juventud– la palabra lesbiana no ha sido un referente para esta generación de mujeres al momento de nombrar sus relacionamientos sexo-afectivos con otras mujeres. Por un lado, hay que entender que esa palabra fue reconocible para muchas de ellas ya entrada su adultez (Secretaría Distrital de Integración Social, 2019). Por otro, ese término no fue bien recibido por algunas de ellas debido a la carga estigmatizante que traía consigo; aun en la década de 1990 (cuando la mayoría de ellas “descubrió” o “asumió” su “gusto”), el lesbianismo seguía siendo blanco de censura, incluso era considerado un tabú (Revista Semana, 1992).

Bajo estas consideraciones, para gran parte de estas mujeres, lesbiana es percibida como una palabra despectiva que además tiene asociación con un discurso médico y político (Lacombe, 2016). En esta línea argumental se sitúa el relato de Liliana (61 años): “hablar de lesbianas era un poco duro, era una palabra muy despectiva, era como muy agresiva”. Muchas de ellas, al referirse a su relación con otras mujeres y al buscar un término para definirse a sí mismas, hablaron de “sus gustos”, “su condición”, “el ser así”, “gay”, “ser de ambiente”, “ser del gremio”, “ser del asunto”. Estas frases son interpretadas como códigos o como un lenguaje propio (Albarracín, 2012). Al analizar sus historias de vida, pude apreciar que el uso de dichos códigos fue una de las estrategias de discreción desplegadas por estas mujeres a lo largo de sus trayectorias vitales para “identificarse, reconocerse y relacionarse, mientras camuflan su identidad en el entorno” (Albarracín, 2012:78). En última instancia, los esfuerzos por desvincularse del término lesbiana y de todo lo que el mismo evoca, optar (voluntariamente o no) por una vida discreta, usar un lenguaje propio, entre otros, han sido las maneras en que ellas han ido construyendo sus identidades en contextos hostiles. Además, han sido

sus formas de resistir en una sociedad que ha querido anular sus existencias.

Las historias de vida de las lesbianas mayores develan que para ellas la discreción ha sido sinónimo de cuidado y de contención (Lacombe, 2016). Esta asociación entre discreción y cuidado ha ocasionado que muchas de ellas hayan interpretado su lesbianismo como “algo suyo”, como un asunto “privado”. Este “plus de la invisibilidad”, como lo enuncia Monleón (2002) (citada en Osborne, 2008), encuentra su justificación en los cursos de vida de estas mujeres en la medida en que constituye una “paradoja que hace de la invisibilidad una suerte de aislamiento benigno al amparo del cual muchas lesbianas siguen su vida sin que se sepa la naturaleza real de sus relaciones” (Monleón, 2002, citada por Osborne, 2008:47). A este “aislamiento benigno” han acudido estas lesbianas mayores para otorgarse la posibilidad de vivir su lesbianismo, pero sin exponerse al estigma ni a la sanción social (Osborne, 2008).

Actualmente, Bogotá es una ciudad, en teoría, más garantista de los derechos de las lesbianas y de la población LGBT, en general. Sin embargo, algunas de las entrevistadas perciben que la discriminación persiste: “en la actualidad para las jóvenes es más fácil ser lesbiana [...] Pero ésta es una vida pesada [...] Ante la sociedad en Colombia no han aceptado de frente [...] La misma sociedad rechaza. Por eso uno siendo así, en la vejez está muy solo” (Patricia, 69 años). Para estas mujeres sus posibilidades de visibilizarse fueron y siguen siendo más reducidas respecto a las lesbianas más jóvenes. En efecto, la mayoría de ellas considera que la visibilidad, como un recurso para gestionar sus existencias, está disponible en mayor medida para las lesbianas de menor edad. Mencionan que cada vez hay más espacios de lesbosocialización creados por y para estas nuevas generaciones, hay mayores espacios de politización y leyes que los posibilitan. También comentan que, aun cuando a lo largo de sus vidas han tenido que “escapar” del estigma asociado al lesbianismo, viviendo ocultas a simple vista, hoy en día se enfrentan a otra forma de discriminación: ser mujeres mayores. En el próximo acápite abordo la construcción subjetiva e identitaria de las lesbianas mayores en

Bogotá en relación con su etapa actual de vida y la manera en que estas mujeres significan la vejez.

"Me defino como una mujer joven": percepciones sobre la vejez y vivencia subjetiva del tiempo

La gerontología feminista propone que en los estudios sobre vejez no se haga hincapié en la edad cronológica, sino en la vivencia subjetiva del tiempo y en los significados de envejecer (Freixas, 2008; Faus-Bertomeu y Osborne, 2019). Siguiendo los postulados del curso de vida al analizar las vejez lésbicas, tomé en cuenta la visión que tienen las lesbianas mayores sobre su propia vejez y la representación que hacen de sí mismas (Rada Schultze, 2016). En consonancia, durante el trabajo de campo me planteé algunas preguntas orientadoras: ¿cómo te percibes a ti misma respecto a tu edad?, ¿qué significa para ti esta etapa de tu vida?, ¿qué evoca en ti el término adulta mayor? Uno de los hallazgos indica que "adulta mayor" no es una categoría con la que algunas de ellas asocian su etapa actual de vida. En términos generales, se definen a sí mismas como "mujeres jóvenes" (Fernández de Castro, 2021a). En esta línea argumental se sitúa el relato de Matáfora (62 años):

En términos de edad me defino como una mujer joven. Yo el término de adulta mayor ni lo uso. Yo no digo que soy adulta mayor, si la gente me dice que soy adulta mayor y se para y me cede el asiento será por mis canas, pero a nadie le digo que soy adulta mayor [...] Pero, yo no tengo problema por la categorización porque sé que estás estudiando un récord de población definida.

Analizando sus relatos pude comprender que definirse como "mujeres jóvenes" también se relaciona con el hecho de que algunas de ellas interpretan que con el paso de los años no han perdido "vigor" ni se han "deteriorado física ni mentalmente". Además, las interpretaciones que hacen respecto a su etapa actual de vida poseen

un carácter relacional. En otras palabras, estas mujeres comparan las vejezes de personas coetáneas con sus experiencias de vida para revalorizar su propia vejez. Así lo expresan Cristina y Patricia:

Yo no me percibo como las personas de 60 años. Yo soy una persona muy diferente y es al punto que todavía no se me notan los sesentas. Pero, yo creo que es por la actitud, tú no encuentras personas de sesentas con el vigor que yo tengo, o sea, la cédula ahí está (risas), pero el vigor que yo tengo no lo tienen muchas personas de mi edad. Tú me puedes parar al lado de mucha gente que ya tiene un bastón, que ya está totalmente, digamos, deteriorada su parte física, su parte mental [...] Pero, en el caso mío no, yo tengo una vitalidad que no la tiene un chino⁶ de veinte. Yo soy todo el tiempo activa, estudio [...] sigo aprendiendo (Cristina, 63 años).

Yo, a diferencia de muchas mujeres de mi edad, e incluso menores, me sigo manteniendo activa. Yo voy y arreglo las tablas de allá abajo, pinto, cerco el terreno, cuido las chivitas, a las gallinas, recojo los huevitos, siembro algunas plantas, hago viajes al pueblo. Tú viste a doña Caro,⁷ ella es una mujer creo que menor que yo, pero ya no puede caminar, toca ayudarla a bajarse del carro. A eso me refiero, yo tengo mucha energía y vitalidad para mis 69 años (Patricia, 69 años).

Sus relatos dan cuenta de cierto viejismo implícito (Levy y Banaji, 2002, citados por Rada Schultze, 2016:88) en tanto que “las construcciones peyorativas que existen en torno a la vejez impactan las subjetividades no solo de aquellos que segregan y discriminan a los viejos y viejas, sino también en los mismos adultos mayores” (Rada Schultze, 2016:88), es decir, sus percepciones en torno a su vejez están configuradas por los estigmas sobre envejecer y particularmente sobre la vejez (De Almeida y Lourenço, 2007). Para la mayoría de ellas, la vejez es entendida como sinónimo de enfermedad, inactividad, improductividad, asexualidad y decrepitud. En cambio, sus

⁶ Forma coloquial de referirse a una persona joven.

⁷ Pseudónimo.

testimonios sugieren que en la percepción de su edad atribuyen gran peso a lo que “debe ser y hacer” una mujer mayor, es decir, los medidores que emplean para entender su propia vejez se asocian con un conjunto de ideas, creencias y pautas sociales de lo que se supone que “debe ser y hacer” (o no) una persona que ha llegado a esta etapa de la vida (Rada Schultze, 2016). Así lo menciona Pilar (64 años): “acepto mi edad. Ya no soy una muchacha, ya he quemado etapas. [...] Ya no soy de las que anda por la calle en la noche [...] mis actividades ya son diurnas [...] o sea voy acorde con la edad”. Para Pilar “aceptar” su edad implica reconocer que ha “quemado” ciertas etapas de su vida y que hoy en día se encuentra inmersa en otro momento de dicha trayectoria, el cual conlleva cambios en las actividades que “debe” o “puede” realizar.

Los relatos de Patricia y Cristina también aluden a ese “deber ser y hacer” de una mujer mayor al momento de interpretar su vejez. Sólo que ellas, a diferencia de Pilar, no procuran situarse dentro de dicho “deber ser y hacer”, es decir, Cristina y Patricia, al asumir que existen “signos de decadencia y declive que se asocian a la vejez” (Freixas, 2008:53), escrutan en sus experiencias y en sus cuerpos signos que les permiten afirmar que se sitúan fuera de esas representaciones despectivas de la vejez, percibiéndose como fuera de la “norma”. De acuerdo con De Beauvoir (2013:364), “la negativa misma es una manera de asumirla [a la vejez]”, ya que nada las obliga a reconocerse en aquellas representaciones negativas de la vejez que han aprendido a lo largo de sus vidas.

Por otro lado, la percepción que las lesbianas mayores entrevistadas tienen respecto a su edad no sólo está relacionada con los discursos normativos sobre la vejez, sino que también son configuradas por sus situaciones materiales (Falquet, 2006), por ejemplo, por sus posibilidades de acceder a los recursos económicos y sociales requeridos para su subsistencia: “En relación a la edad yo estoy tranquila, de vez en cuando pienso la edad porque con esta lucha antisistema no coticé pensión [...] Dentro de poquito voy a cumplir 70 años, pero, como que no me pesan los años. Me pesa cuando tengo que pagar facturas” (Eugenia, 70 años). Los arreglos de vida que hizo

Eugenia a lo largo de su trayectoria configuraron un modo particular de envejecer. Hoy en día, dichos arreglos ocupan un lugar central en su discurso, en tanto que la llevan a “pensarse su edad”. Para esta mujer, la edad *per se* no es un tema de preocupación, sólo la piensa cuando empiezan a hacerse evidentes las carencias de ingresos o de una pensión. La gerontología feminista y el curso de vida coinciden en afirmar que al ser la vejez el resultado de un proceso dinámico que se va construyendo a lo largo de la vida es justamente en esta etapa cuando se ponen en mayor evidencia las desventajas acumuladas (principalmente en el caso de las mujeres), lo que redundará en su inferior posición social en la vejez (Freixas, 2008).

De acuerdo con Freixas (2008), existe una jerarquización de las personas de acuerdo con la edad. Mientras que ser joven otorga el estatus de autoridad, de poder, de productividad, de fuerza, la vejez supone una pérdida de las mismas. A razón de ello, “son marginadas, viven sujetas a diversas violencias y a explotación, sufren desigualdades que son vistas como naturales e indiscutibles” (Calasanti, Slevin y King, 2006, citados por Freixas, 2008). Entonces, ¿qué debería ser una sociedad para que en su vejez un hombre siga siendo un hombre? Se pregunta Simone de Beauvoir en su libro *La vejez*, y afirma que sería necesario que siempre hubiera sido tratado como un hombre (2013:669). Ella observa, por ejemplo, que la inactividad con la que se asocia la vejez da cuenta de que las personas siempre han sido consideradas como material, como fuerza de trabajo: “la sociedad solo se interesa en el individuo en la medida que produce. Los jóvenes lo saben” (2013:671).

En Occidente, la productividad es asociada a la juventud (De Beauvoir, 2013). De ahí que se asuma que, una vez llegada la vejez, las personas se vuelven (o deben volverse) improductivas y, por ende, deben salir e incluso ser expulsadas del mercado laboral (De Almeida y Lourenço, 2007). Esta relación entre vejez e improductividad ocasiona que las personas mayores sean “imaginadas como aquellas que se despiden de la vida. Entonces, se deduce incorrectamente que, debido a que se retiró de su trabajo, se retiraron de la vida” (De Almeida y Lourenço, 2007:107; traducción propia). En el caso de las lesbianas

mayores con las que tuve el privilegio de trabajar, pude apreciar que el retiro voluntario de la vida laboral es un tema de privilegios, lo es en la medida en que las condiciones materiales en las que viven muchas de ellas ni siquiera les han permitido plantearse esa posibilidad y las han empujado a mantenerse activas en un mercado laboral cada vez más precarizado y discriminatorio, no sólo con la mano de obra de las mujeres y de las lesbianas, sino que además excluye el trabajo de las personas que han sobrepasado determinados rangos de edad. Las historias de vida de Matáfora y de Lilia ilustran este punto.

Matáfora (62 años) es poeta y comerciante. Ella comenta que en ocasiones atraviesa dificultades económicas: “a veces llegan los recibos, que hay que pagar el arriendo y no hay la plata”. Por ello, al describir su rutina diaria señala lo siguiente: “yo me levanto a mirar las redes sociales para mirar qué espacios hay para irme. Ando con un tenderete a la espalda (aretes, bufandas, gorros y mis libros). Cuando no vendo un gorro o aretes, vendo un libro. Cuando estoy de buenas vendo todo” (Matáfora, 62 años). A partir de los relatos de esta mujer también pude apreciar que la influencia de los recursos económicos no sólo se refleja en las presiones cotidianas, sino que también incide en los significados y en la importancia que ella atribuye a su relación de pareja. En efecto, esta mujer asocia su relación con la idea de “compartir”. Para ella, ese “compartir” no se circunscribe únicamente a compartir momentos y tiempo, sino que se relaciona además con proyectos e incluso gastos: “para mí una relación de pareja significa que mi proyecto es tu proyecto. Es poder compartir, mire, aquí compartimos gastos, hasta compartimos la camisa” (Matáfora, 62 años). Para ella, una relación sexo-afectiva constituye una fuente de apoyo para gestionar los recursos necesarios para la subsistencia (Fernández de Castro, 2021b).

Por su parte, Lilia es vendedora informal en la Plaza del 20 de Julio, localidad de San Cristóbal al suroriente de Bogotá. Sobre su vida laboral refiere lo siguiente: “tengo una pensioncita, pero salgo a vender que las gafas, cigarrillos, almanaques. Con eso me ayudo y me distraigo echando ojo a la gente que pasa. Sumercé no ve que en la pieza paso solita y me aburro” (Lilia, 72 años). Para ella ir a trabajar

representa tanto la posibilidad de complementar sus ingresos como el medio para socializar, ya que actualmente sus vínculos relacionales y sus espacios de socialización son reducidos. Sin embargo, en ese afán de satisfacer estas necesidades experimenta ciertas vulneraciones derivadas de trabajar en un espacio hostil y pesado como la calle porque: “en esta sociedad el peso de ser una mujer mayor es bastante alto” (Lilia, 72 años).

Los relatos de las entrevistadas revelan que la carestía en la que algunas de ellas viven hoy en día las empuja al mundo laboral; sin embargo, como menciona Lilia, no es la única motivación. De hecho, otras entrevistadas comparten los deseos de Lilia de tener un espacio para socializar y poder ocupar su tiempo libre en algo “productivo”. Por ejemplo, Pilar (64 años) comenta lo siguiente: “yo ya me pensioné. Me quise retirar, pero al final decidí trabajar medio tiempo. Ahora soy la tesorera de una empresa pequeña donde no gano mucho, sino que lo hago porque a mí me sobraba mucho tiempo libre en casa”. Para algunas dar continuidad a su vida laboral también aumenta su percepción de ser útiles, productivas, de mantenerse activas y vitales, y, con ello, de sentirte jóvenes, lo que constituye una razón de peso para seguir trabajando.

En otro orden de ideas, las historias de vida de las lesbianas mayores en Bogotá dan cuenta de que la vivencia de su sexualidad se ve influida por el estigma que recae sobre la vejez. Por un lado, porque socialmente se piensa la vejez como una etapa de asexualidad; por otro, porque existe la idea compartida de que “ser abuela” es el rol que deben desempeñar las mujeres en la vejez. De acuerdo con De Almeida y Lourenço (2007), estas falsas creencias afectan negativamente la capacidad de muchas mujeres mayores de experimentar plenamente su sexualidad en la vejez y disminuyen su autoconfianza y autoestima.

La sexualidad de las mujeres ha sido asociada con la reproducción. Así pues, al llegar a la vejez y haber culminado su etapa reproductiva se desdibuja su imagen como una persona que puede seguir experimentando deseo sexual (Winterich, 2003; Freixas, Luque y Reina, 2010; Nóbrega *et al.*, 2017). En última instancia, retomando el argumento de De Beauvoir (2013), la vejez en las mujeres ratifica

el hecho de que socialmente son consideradas como “instrumentos para parir”, como “reproductoras de la especie”. Entonces, al perder esta “capacidad”, se les confiere utilidad en otro aspecto que se relaciona con lo “propio” de las mujeres: el cuidado de los nietos y los enfermos, el tejido, entre otros. Me pregunto, ¿cómo significan su sexualidad las lesbianas mayores, cuya existencia misma es transgresora de esa idea de “la mujer” y de lo femenino?, ¿hay particularidades por el hecho de ser lesbianas? En el siguiente apartado exploro la relación entre lesbianismo, vejez y gestión sexo-afectiva.

Vejez y vivencia de la sexualidad en lesbianas mayores

En la vejez, al igual que en etapas anteriores de la vida, las mujeres pueden replantearse la forma en la desean vivir su sexualidad (Freixas y Luque, 2009). En esta reflexión intervienen, entre otros aspectos, las negociaciones que cada mujer haya hecho de su vida en concreto, la percepción que tienen respecto a la vejez y sus expectativas vitales (De Beauvoir, 2013). Asimismo, las trayectorias personales gestan tipos de vejeces. En este sentido, “llegan a la vejez con un cúmulo de individualidades en cuanto al cuerpo, a la vivencia de la sexualidad, a la construcción del deseo y también con un buen número de tabúes y prejuicios” (Freixas y Luque, 2009:195), los cuales inciden en la gestión de su sexualidad en la vejez.

Un punto de coincidencia entre los relatos de las entrevistadas respecto a la relación entre vejez y gestión sexo-afectiva involucra la percepción de cambio. En efecto, todas afirmaron que llegar a la vejez ha significado un análisis de sus trayectorias de vida y un replanteamiento de sus necesidades, sus posibilidades y sus deseos. No obstante, esta sensación de cambio no representa lo mismo para todas. Por el contrario, mientras que para algunas ese cambio implica dejar de hacer algunas actividades que se relacionan más con la juventud, por ejemplo, buscar parejas; otras consideran que esta etapa ha sido propicia para resignificar sus vínculos sexo-afectivos. Asimismo, se aprecia que para algunas la vejez constituye el momento idóneo para

dedicar mayor tiempo a algunos intereses que por sus múltiples ocupaciones habían relegado a un segundo lugar, entre ellos, seguir explorando con mayor intensidad su sexualidad. Para otras, esta etapa ha representado una liberación del mandato de la sexualidad y les ha permitido continuar sus vidas sin las presiones que de éste se derivan: ser sexualmente activas, ser atractivas para otras personas, sentirse obligadas a estar siempre en pareja, entre otras.

Respecto a la primera percepción de cambio, en la sección anterior señalé que algunas de las entrevistadas reflexionan sobre su etapa actual de vida basándose en pautas sociales sobre el “deber ser y hacer” de una mujer mayor, esto las lleva a percibir que hay actividades o comportamientos que se relacionan con cada etapa de la vida y que llegar a la vejez implica adaptarse al rol socialmente establecido para las mujeres mayores. Esta percepción sobre la vejez las lleva a desistir de seguir gestionando su vida sexual y afectiva porque consideran que está más relacionada con la juventud. En esta línea argumental se sitúan los relatos de Pilar, quien interpreta que llegar a esta etapa de su vida conlleva una serie de cambios en lo que “debe” o “puede” realizar. En el caso particular de su gestión amorosa y sexual, ese cambio está motivado por la percepción de haber culminado su vida sexo-afectiva: “ya no estoy para nada de esas pendejadas por eso actualmente no salgo con nadie. En este momento difícilmente vuelvo a tener una relación. [...] A mí tener sexo me gustaba, enamorarme también, eso yo lo disfruté” (Pilar, 64 años). De acuerdo con los planteamientos de De Almeida y Lourenço (2007), es posible afirmar que el estigma que enmarca las relaciones sexo-afectivas en la vejez y el “deber ser y hacer” de una mujer mayor priva a mujeres como Pilar de la posibilidad de dar continuidad a esta dimensión de sus vidas *so pena* de escandalizar (De Beauvoir, 2013).

Respecto a la segunda percepción de cambio, Freixas y Luque (2009) afirman que la sexualidad y sus expresiones son móviles y van transformándose en función de diversos factores emocionales, físicos y personales. Estas autoras afirman que con el paso del tiempo se puede aprender a negociar cómo se desea vivir la sexualidad y se le puede dar mayor atención a otros elementos como la cercanía, las ca-

ricias, la intimidad, por mencionar algunos. Los relatos de Patricia y Matáfora resultan ilustrativos al respecto. De acuerdo con Patricia, hoy en día "tiene otro pensamiento" en el que vincula su dimensión sexo-afectiva con la idea de amor, de compañía y de cuidados, y no sólo con tener relaciones sexuales: "es eso ¿sabes? No sólo tener relaciones porque sí, porque uno ya no está sólo para eso, como cuando eras joven y estabas con la una y con la otra. No, ahora pienso más en el amor" (Patricia, 69 años). Los testimonios de Matáfora dan cuenta de que ella en los más de diez años que lleva con su pareja ha aprendido a negociar la vivencia de su sexualidad. Refiere que, al cumplir 50 años, cuando empezó a salir con esta mujer, después de haber estado más de treinta años casada con un hombre, ahora le daba más importancia a la exploración del cuerpo, al descubrimiento de su feminidad, de su sexualidad. Hoy en día, para ella su sexualidad ha mutado a otras esferas en donde prioriza la convivencia con su pareja y el compartir actividades que son gratificantes para ambas:

Yo sentía que se trataban de sublimar muchas cosas, por ejemplo: todo el tema de los libros, de pintar, era como sacar a la luz esa libido [...] yo siento que ha sido como en una profundidad tan bonita que como que siento que no necesito montones de experiencias de tipo físico, sexual, para sentirme infinitamente compenetrada con ella (LuzPi, 60 años).

Nuestra sexualidad se basa más en el compartir, en los libros, en otras cosas que llenan. Siento que le damos muchísima importancia a esas cosas. Nosotras hemos aprendido a convivir. No es que somos muy activas en el sexo [...]. De vez en cuando sí llegamos a un momento bonito, a un clímax, a ser efusivas, y si no, no nos frustra. [...] Entonces, yo creo que nuestra energía se va más detrás del arte que de otras cosas (Matáfora, 62 años).

Considero importante apuntar que LuzPi y Matáfora también mencionaron otros aspectos que inciden en la manera en que experimentan su sexualidad en la vejez, a saber: el estado de salud, las ocupaciones diarias y sus condiciones económicas. Menciono

esto porque es importante reconocer el papel que ocupa el cuerpo y las condiciones materiales en la gestión sexo-afectiva (Fernández de Castro, 2021a). Sin embargo, profundizar en este aspecto desborda el alcance de este artículo.

En cuanto a la tercera percepción de cambio, como señala Ramos (2013), “la pérdida de algunos roles puede llevar al alivio y no a la angustia, sino que puede ser una oportunidad de reengancharse con actividades previas o encontrarse con otras nuevas” (2013:107). En este sentido, algunas de las entrevistadas perciben que esta etapa de sus vidas les ha conferido la posibilidad de dedicar mayor tiempo a aquello que las motiva, que las apasiona, incluida la vivencia de su sexualidad. Para ellas, dicha posibilidad se relaciona con una percepción positiva de sí mismas (incluida su edad), con sus expectativas de vida y con sus trayectorias vitales. Este conjunto de aspectos contribuye a la búsqueda de significado para el tiempo que esperan vivir. Para Freixas (2008) esto constituye un objetivo importante para seguir resignificando la manera en que se interpreta y vive la vejez, en particular, ante el notable incremento de la esperanza de vida en muchos países, incluido Colombia.

Dentro de este orden de ideas, para Cristina llegar a la vejez le ha permitido dedicar tiempo a sí misma, para retomar aquellos intereses que había dejado de lado por estar siempre trabajando. Para ella, hoy en día el tiempo es el recurso más valioso del que dispone: “a esta edad ya hemos cumplido muchos proyectos de vida [...]. Las responsabilidades son distintas [...]. Uno empieza a vivir muchas cosas que cuando joven no hiciste porque no tenías tiempo. El factor tiempo es lo más valioso que tienes”. Este tiempo brinda a Cristina la posibilidad de dar continuidad a su sexualidad, e incluso de explorar nuevas formas de experimentarla.

Cristina percibe que su edad no constituye un obstáculo para el ejercicio de su sexualidad. Por el contrario, llegar a la vejez le ha conferido muchos aprendizajes que han contribuido a una vivencia más libre. Señala que se conoce a sí misma, conoce su cuerpo, lo que le gusta, lo que la excita y de esta forma puede gestionar activamente su placer: “cuando ya te conoces, a veces mira que pasan cosas. [...]

Yo a esta edad he aprendido que eso despacio también se disfruta. Y les digo: hazlo así o ven y yo te lo hago así” (Cristina, 63 años). Esta postura se asocia con una mayor autonomía personal y una madurez que le posibilita vivir una sexualidad sin roles (Alves, 2010). Además, interviene el hecho de que para ella “a esta edad se puede tener una perspectiva más libre con relación a los compromisos. Estás en una relación más relajada, sin tanta prevención de cosas [...]. Ese tema de libertad es favorable” (Cristina, 63 años).

Debo señalar que en la manera en que algunas de las entrevistadas perciben la sexualidad y la vejez interviene su filosofía de vida, es decir, sus marcos interpretativos respecto a temas cruciales de sus trayectorias sexo-afectivas. Por ejemplo, para Eugenia la vivencia de su sexualidad en la vejez se asocia tanto con el hecho de que para ella es un cruce entre lo político, los afectos y el cuerpo como con sus cuestionamientos de la noción de pareja institucionalizada (Falquet, 2006). Para Eugenia, sus relacionamientos sexo-afectivos no se enuncian bajo el rótulo de pareja, sino que emergen de diversas formas de relacionamientos que rehúyen de la postura heteronormativa de la pareja como “la única forma de vida para los seres humanos” (2006:78). Así lo relata:

Eso ha sido mi visión. Yo en mi vida he ido asociando dos cosas: la posibilidad de tener una relación independiente, de que no fuera como lo formal, es que a mí todo lo formal, eso de que se institucionalizan las relaciones, que tiene que ser así y así, no me gusta. Además, siempre para mí ha sido importante que compartamos lo político. Lo político para mí es como un ingrediente en una relación afectiva (Eugenia, 70 años).

La filosofía relacional de Eugenia se basa en la idea de “la necesidad del amor político entre mujeres, significando con ello entretrejer complicidades, amores, afectos y vínculos políticos y hasta productivos cada vez más amplios, fuera del modelo de pareja dominante” (Falquet, 2006:11). De acuerdo con Freixas y Luque (2009), la posibilidad de experimentar la sexualidad fuera de los márgenes socialmente establecidos crea espacios para la vivencia de una sexua-

lidad más satisfactoria. Estos cuestionamientos resultan importantes en cualquier etapa de la vida y principalmente en la vejez, puesto que confluyen en ella una serie de creencias y prejuicios que tienden a desincentivar la gestión sexo-afectiva de las mujeres mayores.

Debo mencionar también que los relatos de las entrevistadas dan cuenta de que ser lesbiana constituye un agravante para ellas. Cristina manifiesta estar dispuesta a buscar pareja, a seguir viviendo su sexualidad, pero ha evidenciado que ser lesbiana y envejecer trae consigo situaciones de rechazo y exclusión: “ser lesbiana es un agravante. [...] La presión que la sociedad ejerce es terrible porque pareciera que prácticamente uno está condenado a la muerte. [...] Lo tratan a uno como si fuera el perverso que está dañando a las chicas”. Patricia ubica la causa de este rechazo y de esta mayor dificultad para conseguir pareja en la lesbofobia que aún persiste en Bogotá.

Los relatos de Leonor dan cuenta de otra limitante en su gestión sexo-afectiva en la vejez: el viejismo implícito aunado con la invisibilización de las vejeces lésbicas. El contexto hostil en el que ha transcurrido la vida de esta generación de lesbianas las ha condicionado a vivir su lesbianismo de manera discreta. Como mencioné al inicio del artículo, esto ha ocasionado que sea difícil ubicarlas. Esta dificultad de “seguirles el rastro” es sentida incluso por ellas mismas, en particular cuando desean conocer a otras lesbianas de su misma edad. Muchas lesbianas mayores no frecuentan espacios de lesbosocialización porque perciben que están orientados a un público joven (Heaphy, 2009; Woody, 2014). Por su parte, el viejismo implícito ocasiona que sientan que no son atractivas para otras mujeres: “a estas alturas del partido es poco probable que alguien se enamore de mí. Las mujeres no se fijan en alguien de la edad mía” (Leonor, 71 años).

Ahora bien, respecto a la cuarta percepción de cambio, Lilia menciona que la vejez para ella representa una etapa de liberación del mandato de la sexualidad. De acuerdo con Freixas y Luque (2009), esta sensación de liberación es percibida, principalmente, cuando las mujeres han tenido experiencias negativas en la vivencia de su sexualidad, cuando la han vivido como una obligación o cuando no se han sentido cómodas con su cuerpo ni con su placer. Es importante

resaltar que prescindir de tener relaciones sexo-afectivas también es un ejercicio activo de su sexualidad (Freixas y Luque, 2009), siempre y cuando se sustente en la libre elección y no sea resultado de los prejuicios que circundan a la sexualidad en la vejez, los cuales desincentivan a las mujeres mayores a seguir gestionando esta dimensión de sus vidas (De Almeida y Lourenço, 2007).

Desde la experiencia de Patricia, la liberación del mandato de la sexualidad y la asociación entre vejez y asexualidad surte “efectos positivos” en tanto que diluye las sospechas sobre sus “gustos”: “no divulgo mi orientación, tampoco ando con un hombre para que crean que soy hetero, desde que no me vean en nada [...]. Igual, a la edad que tengo si sospechan pues va a decir: ¡Ay!, no creo (risas)”. Para Baker (2016), la asunción del lesbianismo como una práctica sexual y no como una identidad contribuye a esta situación. Esta autora sostiene que socialmente se asume que la vivencia activa de la sexualidad no es algo propio de la vejez. En este sentido, una “consecuencia positiva [...] es que las lesbianas mayores que alguna vez se vieron obligadas a lidiar con intrusiones u hostilidad, ahora son más propensas a ser ignoradas o asumidas como viudas, como abuelas en un marco heterosexual” (2016:331; traducción propia).

Para Patricia resulta favorable no ser asumida como lesbiana porque le posibilita “relajar” la puesta en marcha de las estrategias de discreción a las que ha acudido a lo largo de su vida, como una forma de seguir viviendo su lesbianismo sin exponerse ante los demás y sin ser blanco de discriminación. Esta situación contribuye a la invisibilización de las vejeces lésbicas. Aquí hay un tema pendiente para futuras investigaciones en las que se profundice sobre la relación entre lesbianismo y vejez y en las que se problematice la asunción del lesbianismo sólo como una práctica sexual.

Para concluir este apartado quiero señalar que cuestionar la relación entre vejez y asexualidad no debe ocasionar que tener una vivencia activa de la sexualidad en la vejez se convierta en un mandato para las mujeres mayores. Al respecto, Anna Freixas, en una entrevista realizada por Faus-Bertomeu y Osborne (2019), afirma que el paradigma de la *sexy oldie*: “tiene el valor de hacer espacio a

las mujeres que desean ser sujetos sexuales, pero también puede tener el problema de convertirse en un mandato para las mujeres que no desean estar en el mercado sexual en la vejez” (Faus-Bertomeu y Osborne, 2019:9). En tal sentido, reclamar la desmitificación de la vejez y proponer nuevas interpretaciones sobre la sexualidad de las mujeres en esta etapa de la vida debe sustentarse en la posibilidad de elegir individualmente cuál es la opción que se adapta a sus experiencias particulares, a sus deseos, a sus expectativas y a sus necesidades.

Conclusiones

En este artículo procuré exponer cómo, a razón del estigma que recae sobre las palabras lesbiana, vieja y adulta mayor, las entrevistadas acuden a otros términos y a otras formas para definirse a sí mismas en relación con su edad y su lesbianismo. Esto ha dado lugar a procesos de desidentificación que caracterizan la manera en que han negociado y significado sus identidades a lo largo de sus vidas, particularmente en la vejez. Al establecer una relación entre vejez, identidad y lesbianismo no pretendí en ningún momento crear tipologías sobre las vejeces lésbicas porque, siguiendo la perspectiva teórica de la gerontología feminista, entiendo que uno de los mayores atributos de la vejez es la diversidad (Freixas, 2008). Como señala Alves (2010), la vejez “no adquiere marcas únicas porque los ancianos en cuestión sean gays o lesbianas. Son las trayectorias de la vida, marcadas por las experiencias comunes de ciertas cohortes de edad, las que pueden dar señales distintivas al envejecimiento” (2010:231; traducción propia). En consonancia, resulta necesario entender que las trayectorias de vida van señalando las pautas que dan lugar a los tipos de vejeces (Rada Schultze, 2016). Aunque el sexo y el género son dimensiones que inciden significativamente en las experiencias de envejecimiento y vejez de grupos históricamente minorizados, deben tomarse en cuenta otras intersecciones que moldean dichas experiencias.

Ahora bien, aunque metodológicamente es necesario definir un rango etario es importante que en el desarrollo de la investigación se

tome en cuenta la vivencia subjetiva del tiempo y se planteen nuevas interpretaciones que den cuenta de dicha vivencia. Indagar sobre la vivencia subjetiva del tiempo ofrece entradas importantes para comprender, en este caso, la manera en que las lesbianas mayores perciben su vejez y cómo ésta configura su gestión sexo-afectiva en esta etapa de sus vidas (Fernández de Castro, 2021a). Debo señalar que al plantear la necesidad de gestar nuevas interpretaciones sobre la vejez no me muestro a favor del uso de eufemismos, debido a que no cuestionan las interpretaciones despectivas de la vejez, sino que surten el efecto contrario y consolidan la idea de que la vejez debe ser disfrazada, reforzando así el estigma que la circunda.

Considero que la tarea más apremiante para quienes nos interesamos en estudiar las vejeces consiste en crear marcos analíticos que contribuyan a revalorizar socialmente la vejez. En efecto, resulta necesario desmitificar la vejez como una etapa de decrepitud, asexualidad, improductividad, como un punto cercano a la muerte. Se debe romper con los estigmas que recaen sobre la vejez para que las mujeres mayores no sientan la necesidad de alejarse de esa categoría. Como quedó en evidencia en sus relatos, estas mujeres no rechazan su edad en sí, sino que buscan no ser relacionadas con las nociones que existen respecto a las personas que envejecen, en especial, sobre las mujeres mayores.

Para cerrar, quiero señalar que vivir ocultas a simple vista ha supuesto la invisibilización histórica (Albarracín, 2012) de las vejeces lésbicas, acarreando costos significativos en la vida de estas mujeres, los cuales se han puesto en mayor evidencia al llegar a la vejez (Woody, 2015; Averett *et al.*, 2020). Por ejemplo, muchas lesbianas llegan a la vejez con menos recursos de compañía y cuidados (Drumm, 2005; Wilkens, 2015; Traies, 2015; Fernández de Castro, 2021a), situación que tiene efectos directos en su bienestar y en su calidad de vida. En este sentido, el envejecimiento de esa población históricamente estigmatizada y minorizada plantea nuevos desafíos no sólo a nivel académico en cuanto a su estudio, sino también en materia de políticas públicas que atiendan sus problemáticas específicas. Hay un largo camino que recorrer, por ello extendiendo la

invitación para que se continúen recuperando las historias de más lesbianas mayores, sobre todo en el contexto latinoamericano.

Bibliografía

- Albarracín, Matilde (2012), “Identidad(es) lésbica(s) en el primer franquismo”, en Raquel Osborne (ed.), *Mujeres bajo sospecha. Memoria y sexualidad, 1930-1980*, Fundamentos, Madrid, pp. 69-87.
- Albarracín, Matilde (2008), “Libreras y tebeos: las voces de las lesbianas mayores”, en Raquel Platero (ed.), *Lesbianas: discursos y representaciones*, Melusina, Barcelona, pp. 191-212.
- Alves, Andrea (2010), “Envelhecimento, trajetórias e homossexualidade feminina”, *Horizontes Antropológicos*, año 16, núm. 34, pp. 213-233.
- Averett, Paige, Jordan Pylant, Katelyn Craft e Imani Ricks (2020), “I Would Do it Again: Past and Present Experiences of Older Lesbians”, *Journal of Women & Aging*, vol. 32, núm. 3, pp. 1-15.
- Baker, Nancy (2016), “Lesbian Elders: Riding the Tsunami of Change”, *Women and Therapy*, vol. 39, núms. 3-4, pp. 322-336.
- De Almeida, Thiago y Maria Lourenço (2007), “Envelhecimento, amor e sexualidade: utopia ou realidade?”, *Revista Brasileira de Geriatria e Gerontologia*, vol. 10, núm. 1, pp. 101-114.
- De Beauvoir, Simone (2013), *La vejez*, Penguin Random House, Bogotá.
- Drumm, Kris (2005), “An Examination of Group Work with Old Lesbians Struggling with a Lack of Intimacy by Using a Record of Service”, *Journal of Gerontological Social Work*, vol. 44, núms. 1-2, pp. 25-52.
- Falquet, Jules (2006), *De la cama a la calle: perspectivas teóricas lésbico-feministas*, Brecha Lésbica, Bogotá.
- Faus-Bertomeu, Aina y Raquel Osborne (2019), “La revolución de las canas: sexualidades, género y envejecimiento. Conversación con Anna Freixas”, *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, núm. 17, pp. 1-16.

- Fernández de Castro, Ana (2021a), *Sin fecha de caducidad. Relaciones sexo-afectivas y modos de socialización de lesbianas adultas mayores de Bogotá*, tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Quito.
- Fernández de Castro, Ana (2021b), “Yo tan vieja, ¿ya qué? Relaciones sexo-afectivas de lesbianas adultas mayores de Bogotá-Colombia”, *Anthropologica*, vol. 39, núm. 47, pp. 127-155.
- Freixas, Anna (2008), “La vida de las mujeres mayores a la luz de la investigación gerontológica feminista”, *Anuario de Psicología*, vol. 39, núm. 1, pp. 41-57.
- Freixas, Anna (1997), “Envejecimiento y género: otras perspectivas necesarias”, *Anuario de Psicología*, núm. 73, pp. 31-42.
- Freixas, Anna y Bárbara Luque (2009), “El secreto mejor guardado: la sexualidad de las mujeres mayores”, *Política y Sociedad*, vol. 46, núms. 1-2, pp. 191-203.
- Freixas, Anna, Bárbara Luque y Amalia Reina (2010), “Secretos y silencios en torno a la sexualidad de mujeres mayores”, *Debate Feminista*, vol. 42, pp. 35-51.
- García, Marina (2015), *Vejez y homosexualidad*, tesis de doctorado, Universidad de Murcia, España.
- Gracia, Jorge (2011), “Los derechos humanos y la posición social de las personas mayores LGBT. Un supuesto específico: los malos tratos”, *Papeles. El tiempo de los derechos*, núm. 12, pp. 1-48.
- Heaphy, Brian (2009), “Choice and Its Limits in Older Lesbian and Gay Narratives of Relational Life”, *Journal of GLBT Family Studies*, vol. 5, núms. 1-2, pp. 119-138.
- Henning, Carlos (2017), “Gerontologia LGBT: Velhice, gênero, sexualidade e a constituição dos idosos LGBT”, *Horizontes Antropológicos*, vol. 23, núm. 47, pp. 283-323.
- Hooyman, Nancy, Colette Browne, Ruth Ray y Virginia Richardson (2002), “Feminist Gerontology and the Life Course”, *Gerontology & Geriatrics Education*, vol. 22, núm. 4, pp. 3-26.
- Lacombe, Andrea (2016), “Negociaciones posibles: visibilidad, vejez y parentesco entre mujeres que mantienen relaciones sexo-afectivas con otras mujeres”, *Vibrant. Virtual Brazilian Anthropology*, vol. 13, núm. 1, pp. 102-114.

- Ministerio de Salud y Protección Social (MinSalud) (2013), *Envejecimiento demográfico. Colombia 1951-2020. Dinámica demográfica y estructuras poblacionales*, [www.minsalud.gov.co/sites/rid/Lists/BibliotecaDigital/RIDE/DE/PS/Envejecimiento-demografico-Colombia-1951-2020.pdf].
- Nóbrega, Ana da Silva, Adriana Sousa, Josinaldo Furtado y Felipe Fernades (2017), “A vozinha de Perrault e Grimm: O imaginário na formação da sexualidade feminina na velhice”, en Kate-mari Diogo da Rosa, Marcio Caetano y Paula Almeida de Castro (orgs.), *Género e sexualidade: interface e discursos*, Realize Editora, Campina Grande, pp. 57-68.
- Osborne, Raquel (2008), “Un espeso muro de silencio: de la relación entre una ‘identidad débil’ y la invisibilización de las lesbianas en el espacio público”, *Asparkía. Investigación Feminist*, núm. 19, pp. 39-55.
- Pujadas, Juan (1992), *Cuadernos Metodológicos 5. El método biográfico: El uso de las historias de vida en las ciencias sociales*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- Rada Schultze, Fernando (2016), “El paradigma del curso de la vida y el método biográfico en la investigación social sobre envejecimiento”, *Revista de Investigación Interdisciplinaria en Métodos Experimentales*, vol. 1, núm. 5, pp. 80-107.
- Ramos, Gabriela (2013), “Antropología de la vejez en el Perú: Un vacío etnográfico”, *Anthropía*, núm. 11, pp. 104-112.
- Ramos, Mónica (2018), “Estudio etnográfico sobre el envejecer de las mujeres mayores desde una perspectiva de género y de curso vital”, *Prisma Social. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 21, pp. 75-107.
- Revista Semana (1992), “Juego de damas”, *Revista Semana*, 7 de abril, pp. 84-87.
- Rich, Adrienne (1999), “La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana”, en Marysa Navarro y Catharine Stimpson (eds.), *Sexualidad, género y roles sexuales*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 159-211.
- Rich, Adrienne (1983), *Sobre mentiras, secretos y silencios*, Icaria, Nueva York.

- Secretaría Distrital de Integración Social (2019), *Estudio cualitativo sobre la situación de derechos de las personas de los sectores sociales de Lesbianas, Gay, Bisexuales, Transgeneristas e Intersexuales en envejecimiento y vejez del Distrito Capital*.
- Traies, Jane (2015), "Old Lesbians in the UK: Community and Friendship", *Journal of Lesbian Studies*, vol. 19, núm. 1, pp. 35-49.
- Varikas, Eleni (2005), "Lo que no somos. Historicidad del género y estrategias de desidentificación", *Revista Internacional de Filosofía Política*, vol. 25, pp. 77-88.
- Westwood, Sue (2013), "Researching Older Lesbians: Problems and Partial Solutions", *Journal of Lesbian Studies*, vol. 17, núms. 3-4, pp. 380-392.
- Wilkins, Jill (2015), "Loneliness and Belongingness in Older Lesbians: The Role of Social Groups as Community", *Journal of Lesbian Studies*, vol. 19, núm. 1, pp. 90-101.
- Winterich, Julie (2003), "Sex, Menopause, and Culture: Sexual Orientation and the Meaning of Menopause for Women's Sex Lives", *Gender and Society*, vol. 17, núm. 4, pp. 627-642.
- Woody, Imani (2015), "Lift Every Voice: Voices of African-American Lesbian Elders", *Journal of Lesbian Studies*, vol. 19, núm. 1, pp. 50-58.
- Woody, Imani (2014), "Aging Out: A Qualitative Exploration of Ageism and Heterosexism among Aging African American Lesbians and Gay Men", *Journal of Homosexuality*, vol. 61, núm. 1, pp. 145-165.
- Yébenes, Zenia (2018), "Heterosexualidad", en Hortensia Moreno y Eva Alcántara (coords.), *Conceptos clave en los estudios de género*, vol. 2, Centro de Investigaciones y Estudios de Género-UNAM, Ciudad de México, pp. 123-135.

Fecha de recepción: 17/02/22
 Fecha de aceptación: 07/06/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257185-218